

Consumos y prisa: amarres de la angustia

Eugenio Díaz Massó

La angustia, afecto fundamental a partir del cual emergen todos los demás (afectos), no es una consecuencia de la modernidad. La angustia está vinculada a la existencia misma del ser humano. Y ello, entre otras cosas, puesto que estamos afectados por el acontecimiento fundamental de la vida que es la muerte. Incluso más radicalmente, al estar afectados por la conciencia que tenemos de ella.

Lo nuevo que introduce la modernidad y su traspaso -lo que se ha llamado postmodernidad o modernidad tardía-, en nuestra subjetividad vinculado a la angustia, es por un lado lo que propone para su tratamiento y por otro el que dicha angustia venga ligada a la lista casi infinita de los goces actuales posibles.

Los consumos -de los objetos con los que la ciencia y la tecnología abarrotan el mercado, ya sean drogas u otros, ya sean consumos de ocio o de servicios-, y la prisa – en su vertiente de inmediatez-, son dos de las respuestas de las que el sujeto moderno dispone ante la emergencia de la angustia.

Pero a la vez, y esta es su paradoja, dichas respuestas abocan al citado sujeto moderno a una angustia mayor aún si cabe, que retorna en diferentes cuadros: fobias, ataques de pánico, crisis de ansiedad, depresiones varias.

Podemos decir entonces, que uno y otro (consumos y prisa) amarrados a la angustia introduce una ambivalencia: de un lado son una respuesta a ella, de otro la precipitan.

### *Cortocircuíto de la palabra y del tiempo*

Los consumos y la prisa, son una modalidad de tratamiento de la angustia que la modernidad propone, que no requiere apenas de palabras, ni da lugar al tiempo, en tanto intervalo en el que los sujetos pueden representarse.

En cuanto a las palabras, no son éstas las que comandan las respuestas del sujeto ante los avatares de la existencia. Es el acto, la compulsión a hacer, en sus distintas versiones -desde la impulsividad, hasta la violencia, pasando por las interpretaciones demostrativas y su otra cara la inhibición (y en su vertiente más radical la depresión)-, lo que está en primer plano.

Es por esta importante precariedad de palabras, que los sujetos de hoy tienen dificultades para representarse ante los demás, para el establecimiento de vínculos sociales.

En segundo lugar, y en relación al tiempo, el discurso de época propone una especie de cortocircuito en el tiempo de comprender, que precipita (como ejemplificaré después con una viñeta clínica) sin solución de continuidad el instante de ver, donde pueda aparecer un mínimo de angustia por ejemplo, en el momento de concluir.<sup>1</sup>

Entonces, consumos y prisa, dando un lugar privilegiado, casi exclusivo, a la demanda sin palabras y a la necesidad -cuyo paradigma es: “necesito una dosis más”, de lo que sea y ya podemos añadir-, no facilitan el lazo social.

O más precisamente, el discurso capitalista (que es el de los consumos y la prisa), que se caracteriza por ser un discurso sin imposibilidad -es decir donde todo es posible, desde negar la posibilidad del dolor y del duelo, hasta la propia muerte-, promueve un único lazo social, si es que lo es, el de todos consumidores.

Pero, añadiremos, consumidores-consumidos. Consumidos por los objetos prestos para su uso inmediato, que llevan como marchamo su particular promesa de liberación. De la cual comprobamos sus consecuencias cada día en los distintos dispositivos educativos o asistenciales.

Además, esta primacía de la necesidad y de la demanda sin palabras, va en detrimento del deseo. El deseo es el mejor tratamiento posible de la angustia, puesto que al incluir el deber, incluye al otro, introduciendo al sujeto en una dimensión ética, en una dimensión de responsabilidad, que tiene como consecuencia la posibilidad de aceptación de que no todo vale, de que no todo es posible.

El deseo va en contra de lo que promueve el discurso capitalista:

- que hace del no-saber uno de sus paradigmas;
- que propicia actos que son un no-pienso, que no producen ganancia alguna de saber, que no implican elaboración alguna;
- que conduce a un tratamiento de la angustia que lleva a los sujetos a circuitos de repetición mortífera.

Poner un límite al todo vale, es lo que verdaderamente rebaja la angustia. No es el límite lo que produce la angustia y el malestar, es el sin-límites lo que la exacerba. Al contrario de lo que en ocasiones padres, educadores, y agentes sociales en general, pensamos como herencia de una cierta idea de educación, y que habitualmente desemboca en desesperación, impotencia y dimisión de responsabilidades, bien por la

vía del “no puedo más, no puedo hacerme cargo”, bien por la vía de un nuevo autoritarismo más feroz.

Entonces el título de esta presentación podría continuarse así: consumos y prisa amarre de la angustia, desamarre del deseo.

Ahora bien, hay algo más a señalar: los rasgos de época mencionados, empuje al consumo, prisa y lógica del “todo vale”, llevan en si mismo programados procesos cada vez más extensos de segregación:

- En el empuje al consumo (la segregación viene) por la uniformización que introduce. Uniformización u homogeneización -aunque pueda aparecer bajo la máscara de la heterogeneidad-, es una nueva forma de segregación. Distinta de la clásica, es decir la que se produce por vía de la exclusión, pero no menos peligrosa
- En el empuje a la prisa, a concluir sin comprender -la segregación aparece-, puesto que dificulta a los sujetos de la modernidad separarse de la infancia y adquirir así una mayoría de edad. Este es otro rasgo de la modernidad, el empuje de lo que se ha dado en llamar la “infancia generalizada” que nos atraviesa. Y sabemos que infantilizar a los hombres hace aparecer en el horizonte todo tipo de discriminaciones.
- En la lógica de todo vale -la segregación puede ser-, la que introduce un “vale para todos”, que no es el de la igualdad de derechos, sino el de la imposibilidad de convivir en la diferencia

A estos rasgos, promesas de segregación, le podríamos añadir uno más, no menos importante:

- La caída de las grandes consistencias, y su correlato en el seno de la familia moderna: el declive de la función paterna.

Declive de una función simbólica, de la que el padre es, o quizás habría que decir era, en nuestra cultura el representante.

Hoy ya no es más la acción paterna, es decir la autoridad del padre, la que ayuda a un niño a convertirse en adulto. Eso, hay que buscarlo en otro lugar. Y de nada sirve, la pretensión de reinstaurar su ley, o de recuperar las grandes consistencias perdidas.

En todo caso, con eso -con la nostalgia del padre-, hay que ser prudentes pues puede producir (y produce) el retorno de fundamentalismos y autoritarismos de diversa índole, de peores consecuencias si cabe.

En las adolescencias este discurso de época, estos rasgos de época, toma una dimensión particular, dramática en ocasiones.

Las adolescencias -cuyo plural, apunta a no pensarlas como algo uniforme y por tanto como a dejar de pensarlas como un estigma-, son un tiempo de discontinuidad, en el que cada sujeto, aún por advenir mayor de edad, debe responder a lo nuevo que aparece en la salida de la infancia: la separación de los padres y la elaboración de nuevas identificaciones, la sexualidad y lo pulsional en general.

No es por casualidad entonces, que cierto uso de las drogas en este tiempo de desorientación pueda desembocar en identificaciones toxicómanas. Y más teniendo en cuenta que la respuesta toxicómana, consecuencia también de nuestra época y sus procesos segregativos, muestra de una manera excepcional en su empuje al consumo y a la inmediatez, el intento de desaparición del tiempo de comprender, la insumisión al vínculo con el otro y a la sexualidad -en tanto ésta introduce la desproporción-, el intento de sutura de la angustia sin mediación de las palabras.

Finalizaré con dos secuencias clínicas de dos casos de mi práctica, donde observar como la emergencia de la angustia se precipita en actos: consumos y prisa.

1. Se trata de un joven de veinticinco años, consumidor de drogas desde hace diez, que atiendo en una Comunidad Terapéutica para el tratamiento de las adicciones. Ingresado en diversas ocasiones, la última a partir de una sobredosis de cocaína, que le puso al borde de la muerte, y que le hace estar por primera vez en su vida verdaderamente asustado.

A la edad de catorce años, a la vuelta de unas colonias escolares, los padres le comunican que han decidido separarse. El cree, que todo pudo comenzar ahí. Y no tanto por que eso ocurriera, porque los padres se separaran. El no se deja engañar por eso.

La razón de lo que llamaremos su caída subjetiva, culminada diez años después en la sobredosis, se encuentra en lo que le dijeron, o mejor, en lo que con las palabras de los padres se desveló fugazmente del lugar que él tenía para ellos, y de lo que hasta hoy nada ha querido saber. A eso que se desveló, y no a la separación de los padres, es a lo que ha respondido con actos, cuanto más destructivos mejor.

¿Cuáles fueron estas palabras que tomaron un valor de verdad insoportable de escuchar? Desde hacía tiempo ellos tenían decidido separarse y si no lo habían

hecho antes, es por que habían esperado a que él estuviera preparado. No lo habían hecho por él.

¿Era por él entonces, por lo que había tenido que soportar las constantes discusiones de los padres, el trato en ocasiones agresivo, cuando no violento de su padre hacia él?

Eso es lo el paciente escuchó y que hoy puede formular, como un: “me sentí engañado”. Cayó con esas palabras de un lugar en el que creía estar. Cayó su creencia en el amor paterno-filial, en cierta completud incluso, aunque las cosas no fueran bien familiarmente.

¿Quién era él para ellos? es lo que se puso en juego, y ante lo que eligió como respuesta un radical no saber: drogas, pérdida de trabajos y de parejas por falta de compromiso, soledad. Carrera de destrucción que ha culminado en la sobredosis y que requerirá de un tiempo para comprender, si el sujeto está decidido a recorrerlo, para que la experiencia mortífera sea un punto y aparte en su vida.

2. Se trata de una chica de quince años atendida en la consulta, estudiante de 4º de ESO, y afectada como ella misma dice por un “no pensar” radical, que le ha llevado a variadas conductas de riesgo: coqueteo con drogas, con la promiscuidad, etc...

El motivo de la derivación que hace el EAIA de la zona, son las dificultades escolares que arrastra desde el curso anterior, problemas de concentración, de atención, incluso de asistencia al aula, que no concuerdan con sus capacidades, ni con su expediente académico.

La madre, una mujer joven y moderna, cree que con algo de ayuda saldrá del bache en el que está. El padre, que en cierto modo se presenta como alguien que ha desistido de su responsabilidad, dejando la cosa en manos de “ellas dos”, dice ya no creer en nada.

¿Y qué dice nuestra adolescente? Si bien hasta ahora estaba más o menos cómoda con su no pensar -incluso le gustaba a pesar de los problemas que le causa y de que es consciente del riesgo que en ocasiones corre-, desde hace poco ya no (le gusta). Tiene un novio que es muy importante para ella, del que está enamorada y al que teme perder puesto que su amor no le ha impedido irse con

otros. Quiere pensar para no perder a su novio, esta es su demanda. Pensar al menos un poco más de lo que lo hace.

Lo que describe de su no pienso es lo siguiente: se encuentra con un chico y sin casi mediar palabra le besa. Así repetidamente con prácticamente todo el que aparezca y la mire.

¿Por qué lo hace, se pregunta?

Por nuestra parte nos interesamos por lo qué piensa, por los que pasa justo antes de estos empujes a hacer. Primero responde que nada, que lo hace porque si, sin pensar. Pero después, dice que hay una palabra que le viene siempre a la cabeza: puta. Eso es lo que fugazmente piensa. Pequeña emergencia de angustia que se le hace insoportable y a la que responde con un acto.

Acto que se desvelará como paradójico con las nuevas palabras que nos hace saber. Puta como su madre, de la que sabe de su infidelidad al padre.

Es con los actos, con su no-pienso, con lo que ha creído poder librarse de lo que siente, y que le hace sufrir, pero que, ahora descubre, más bien le aboca a tener que estar, como dice, “todo el tiempo alocada”.

Con estas dos viñetas clínicas podemos ver como frente a la angustia que aparece ante la pregunta por el ser, ante la pregunta por lo qué cada uno es en el deseo de los padres, ante la cuestión en el horizonte de la sexualidad, se precipita una respuesta. Respuesta que viene del lado de la compulsión a la repetición, que augura un nuevo sufrimiento nada halagüeño, aunque para cada uno lo sea en distinta forma y medida.

Nosotros por nuestra parte le proponemos que ponga palabras a eso de lo que nada quieren saber, o mejor les posibilitamos que deseen poner palabras. Que sepan, que pueden poner palabras para encontrar la lógica de lo que les pasa. Les acompañamos a que se amarren al deseo.

Notas:

1. Jacques Lacan, en su escrito de 1945 “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”, *Escritos 1*, siglo veintiuno editores, México, 1988, plantea, a partir del sofisma de los tres prisiones una lógica del tiempo en tres instancias: instante de ver, tiempo de comprender, momento de concluir.